

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Proposición condenada por la Santa Sede.
«Romanus Pontifex potest ac debet cum progressu, cum liberalismo et cum re-
centi civitate sese reconciliare et componere.»

DIARIO DE LA TARDE.

Proposición condenada por la Santa Sede.
«El Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y avenirse con el progreso, con
el liberalismo y con la civilización moderna.»

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestres en casa de los comisionados, y 19 rs. al mes y 54 trimestre en la administración.—En el extranjero: 30 rs. trimestre.—En Ultramar: 30 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la Administración, calle de Silva, núm. 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, Lopez, Baylli-Bailliere, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de provincias cuyo abono concluye en 31 del presente mes, se servirán renovarlo oportunamente si no quieren experimentar retraso en el recibo del periódico.

No se admite otra clase de sellos que los de franqueo ó certificado de cartas, y la administración sólo responde del recibo de los que le envíen en carta certificada.

PARTE EXTRANJERA.

Si la inquietud de los remordimientos por los crímenes cometidos, la ansiedad de proyectos ambiciosos y el terror á lo porvenir permitieran al ánimo de los maquinistas de ese melodrama de magia llamado política internacional, un momento de reposo, diríamos que dicha política duerme durante las solemnes festividades que en estos días celebra el mundo, y á este sueño achacaríamos la escasez de noticias extranjeras; pero la indole de las pocas noticias de esta especie que hoy tenemos nos demuestra, que aquella política sólo dormita.

Los hombres de la Italia revolucionaria, en quienes se cumple la sentencia que niega toda paz á los impíos, á causa de la crisis ministerial ni aun siquiera dormirán durante estos días. Agobiados por la inquietud, la penuria del Tesoro y el terror, pasan las horas invocando á los géneos del mal de su mayor devoción para que les deparen un gluten con que formar un conjunto ministerial que concilie, siquiera sea por breves días, el hambre y los instintos fieros de los barbares, y la hartura y los instintos siberíticos de la conservaduría gubernamental.

Hasta ahora aquellos géneos malignos han permanecido sordos á los ruegos de sus devotos, pues ni aun prestándose Lamarmora á formar un ministerio tornasolado, y en el cual entren casi por mitad pilatescos y barbares, ha podido dar cima á la ministerial conciliadora obra.

Las últimas noticias de los trabajos de Lamarmora nos dicen que se habían limitado en invitar con las poltronas á Chiaves, Deprelis, Lanza, general Brignone y general Pescetto. Con estos señores, de los cuales son dos sinietros, había provisto Lamarmora á los departamentos de Gobernación, Fomento, Hacienda, Guerra y Marina, en el orden que dejamos insertos aquellos nombres; pero todavía no había dado con los nombres que necesitaba para la Justicia del gran reino, ni para su Instrucción, ni para su Agricultura y Comercio.

El Rey Galanteo que esperaba comer tranquilo en Turin los turrones de Navidad, dando al diantre á cuantos le han metido en el paso de Rey de Italia, patoca, jura y estira sus largos bigotes, como quien desea manifestar algunas cualidades que suplan para el respeto de sus súbditos á todas las que ha perdido; pero

como la función italiana, á manera que se acerca á su desenlace toma proporciones más claras de drama patibulario, el efecto de los recursos de D. Víctor se limita á la gente de su casa.

Peró como si no bastaran las dificultades de la crisis, y la contrariedad que el Rey de Italia ha probado con salir ahora de Turin, la Pascua de Navidad ha dado por aguinados á D. Víctor una nueva prueba de la exactitud del refrán, cria cuervos y le sacarán los ojos.

Sabemos que en días en que el cólera-morbo azotaba á Nápoles, Víctor Manuel acudió veloz á dicha capital, y que después de haber permanecido en ella breves horas, más veloz salió Víctor Manuel huyendo de Nápoles.

De estos calamitosos días que los napolitanos han pasado, se ha hablado en el Parlamento de Florencia; y como era de esperar en justicia italo-parlamentaria, al tratarse de recompensar á cuantos dieron muestras de valor y amor al prójimo en aquellos días calamitosos, fueron mencionados médicos, boticarios, serenos y hasta algunos tambores de la guardia nacional; pero ni por asomo se recordó á un individuo del Clero napolitano, ni á una hermana de la caridad, ni á nada, en fin, que tuviera vida y ser de católico.

Estos procedimientos italo-parlamentarios á nadie sorprendieron, pues sólo habría producido sorpresa indescriptible notar indicio en ellos de verdad y rectitud. Pero Víctor Manuel sobre ser Rey de Italia, ni adolece de católicas exageraciones, ni por su conducta en Nápoles merecía que se le juzgara acreedor á confundirle en la apreciación italo-parlamentaria, con los Sacerdotes y las Hermanas de la Caridad; y sin embargo, esto han hecho los diputados de Florencia, no mencionando siquiera el viaje heroico de Víctor Manuel á Nápoles.

Siempre la revolución ha pagado á los Reyes los servicios que la han prestado oprimiendo y martirizando á la Iglesia y sus Sacerdotes, con iguales tropelías, vejaciones y martirios; pero quizá Víctor Manuel esperaba eludir esta ley inflexible, cuando la discusión parlamentaria acerca del cólera en Nápoles le ha advertido la llegada de su San Martín.

A falta de dinero con que equilibrar los presupuestos, y de abnegación, arrojo y otros medios conducentes á aminorar los gastos, el señor Fould, ministro de Hacienda por Napoleón III, ha escrito un poema, en el cual las galas retóricas semejan algunas economías futuras. Reerudido el cólera en París; invadida esta capital por la viruela negra; amenazado de pérdidas y desastre el Imperio francés por la parte de América; aumentados los sinsabores de dicho Imperio en la cuestión de Italia, por las acometidas de los barbares y los prematuros reconocimientos de España, Baviera y Sajonia, que han privado al convenio de 15 de Setiembre, de sus desarrollos naturales; soliviantados los estudiantes y obreros, la memoria del hacendista Fould será calante infundido, y de vida tan efímera, que suponemos no hablará de ella, como no sea para reír, ni ninguna persona sensata.

De lo que si parece que se habla con formalidad en París, es de aquel tiroteo que cruzaron en el Río-Grande algunos soldados norteamericanos y franceses, y de los despachos diplomáticos á que ha dado origen aquel tiroteo.

A estos particulares se refiere un corresponsal de La Reforma, que con fecha 25 escribe de París lo que sigue:

«La correspondencia cruzada en las orillas del Río-Grande, entre el general americano Weitzel, el mejicano Mejía y el comandante francés Clóvé, ha producido aquí una sensación penosa, no con motivo de los hechos que la han provocado y que carecen de importancia, sino á causa del tono de acritud que se muestra de una y otra parte. No debe, sin embargo, darse demasiada importancia á algunas palabras arrojadas al comandante de una frontera difícil de guardar, en un momento de fastidio y de cólera. Por lo ménos, preciso es convenir en que el general Weitzel no parece que haya recibido instrucciones de la Casa Blanca para el reconocimiento tácito del nuevo Gobierno de Méjico.»

Se dice que Prusia y Austria andan en dimes y diretes acerca del fondo y la forma de los despachos que ahora les toca dirigir á Francofort, como respuesta á los que dichas Potencias han recibido de la expresada ciudad. Sin que aseguremos que no existan aquellos dimes y diretes, si afirmamos que por ellos no se romperá la armonía que ahora reina entre Prusia y Austria.

TELEGRAMAS.

NEW-YORK, 16. El ministro de Hacienda anuncia que España y Chile no tendrán derecho á entrar en los puertos federales con buques capturados. La Cámara de los diputados ha adoptado una resolución modificada por el Senado relativamente á la admisión del Sur. El ministro del nuevo presidente de los señas, induce á activar el armamento de buques corsarios contra Inglaterra.

PARIS, 27.

SS. MM. portuguesas han salido esta mañana para España.

PARIS, 26.

Hoy al cerrarse la Bolsa, quedaban los ferro-carri-
les de Alicante y Zaragoza á 207; el 3 por 100 portu-
gueses á 90 0/0; el cambio sobre Lisboa á 541; el 3 por
100 italiano á 65-35; el crédito territorial francés á
1,332; el crédito mobiliario francés á 841; el espa-
ñol á 476; el ferro-carril de Sevilla á Jerez á 80, y
el del Norte de España á 166.

En Amsterdam quedaba hoy el 3 por 100 español,
á 00 0/0; y en Amberes, á 35 3/8.

PARIS, 27.

En la Bolsa de hoy quedaban: el 3 por 100 interior
español, á 37 1/2; el exterior, á 00 0/0; la dife-
rida, á 37 0/0; la amortizable, á 00 0/0; el 3 por 100
francés, á 68-07 1/2, y el 4 1/2, á 97-25.

LONDRES, 27.

Los consolidados ingleses quedaban: de 27 3/8
á 1/2.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL

MADRID, 28 DE DICIEMBRE DE 1865.

EL DISCURSO DEL TRONO.

No abrigamos sentimientos sistemáticamente hostiles á ningún Gobierno. EL PENSAMIENTO ESPAÑOL no ha nacido para derribar ni fundar

ministerios. Del peor de ellos queremos lo que nuestro divino Maestro quiere del más endu-
cido pecador, á saber: que se convierta, y viva. Por tal tenemos al actual Gabinete, y sin em-
bargo, hemos leído el discurso de la Corona desnudos de toda desfavorable prevención, con ánimo sincero de aplaudir lo que nos pareciese bueno, y de censurar sin acritud lo que viésemos en él digno de censura.

Sabíamos de antemano, porque estaba en el orden regular de las cosas, que el Gabinete había de dar cuenta á las Cortes en el mencionado documento del gran error político que ha cometido reconociendo á Víctor Manuel por Rey de Italia, y un hecho detestable como es este, había de ser siempre para nosotros objeto de la más alta reprobación.

Hasta aquí no nos ha sorprendido el discurso de la Corona. Hubiéramos pecado de cándidos esperando por un momento siquiera, que el ministerio viniese ayer á las Cortes á renegar de su obra predilecta.

Pero en los términos en que la anunciase, cabía franqueza, sinceridad, valor de sus propias convicciones, y cabía asimismo mucho miramiento con los sentimientos populares, desconocidos y menospreciados en este gravísimo negocio. No esperábamos el insulto ni la calumnia; un poco de talento y de serenidad habrían bastado para evitarlos.

No ha sido así: al Gobierno le ha faltado ánimo para cuflesar con la entereza de una conciencia tranquila sus propios actos, y deja entrever los remordimientos que le atormentan; pero lejos de producirle esta inquietud y sobresalto verdadero pesar, engendran en él confusión, falta de tino y nuevas culpas.

«Motivos de diversa índole, dice, fundados en los intereses y sentimientos permanentes de la nación, me han impulsado á reconocer el reino de Italia.»—Este reconocimiento, añade, «no ha podido entibiar mis sentimientos de profundo respeto y filial adhesión al Padre común de los fieles, ni menoscar mi firme propósito de mirar por los derechos que asiste á la Santa Sede.»

El reconocimiento es de tal índole, que el Gobierno se cree en la necesidad, al dar cuenta de él á las Cortes, de sincerarse acerca de su respeto y adhesión al Sumo Pontífice. Esta confesión es preciosa y confirma todos cuantos argumentos se han hecho fundados en consideraciones puramente religiosas. Si el hecho de que se trata no afectase á los derechos que asisten á la Santa Sede, y al respeto y filial adhesión debidos al Padre común de los fieles, ¿qué necesidad había de hacer alarde de estos sentimientos? Y si el reconocimiento los hiere y lastima, ¿por qué se dice que los motivos de diversa índole que han impulsado al Gobierno á un hecho tan infame, están fundados en los intereses y sentimientos permanentes de la nación?

Toda nación viable, grande y digna de este nombre, como todo individuo digno de respeto, tiene un carácter propio que viene á ser su vocación particular, el principio de su actividad moral, el germen de sus grandes acciones. El

carácter nacional de España, su fisonomía propia, su manera de ser han nacido del Catolicismo. Con esta clave se desifran todos los misterios de su historia, lo caballeresco y democrático, en el buen sentido de la palabra, de sus costumbres, de sus empresas y de su misma monarquía. Así se comprende porque las guerras de nacionalidad han sido siempre en España religiosas, porque el protestantismo que inundó toda Europa, encontró su dique en los Pirineos; así se comprende en fin, como tras medio siglo de liberalismo, conserva todavía España el singular privilegio de la unidad católica.

Si existe algún interés permanente en esta nación debe ser la conservación de su carácter, la fidelidad á su tradición y á su historia. Por eso nadie habría extrañado que España hubiese permanecido sin reconocer el latrocinio de Italia, aunque el resto de las naciones lo hubiese reconocido, y en esta actitud especial las Potencias hubieran saludado siempre con respeto á la nación consecuentemente á la nación católica, á la nación católica por excelencia.

El Gobierno la ha precipitado en el mare magnum de las Potencias revolucionarias hasta confundirla con ellas: ha desaparecido pues ese nobilísimo rasgo de nuestra fisonomía nacional. Y sin embargo, el Gobierno responsable de tan grave y trascendental culpa, ese Gobierno se atreve á decir que el reconocimiento está fundado en los intereses permanentes de la nación.

Mas, ¿qué extraño? Ese Gobierno añade que el fundamento de un hecho tan impopular, tan gratuito y tan aborrecible son los sentimientos permanentes de la nación.

«¿En dónde estamos? ¿en qué país vivimos? ¿qué Gobierno es este que así desfigura la verdad, que así prescinde de los hechos, que insulta de esta manera á la nación cuyo régimen le está encomendado? ¿Dónde están en España esos sentimientos propicios al despojo de la Santa Sede?»

La cuestión, no puede negarse, tiene por lo ménos un aspecto esencialmente religioso. Si somos católicos, ¿á quién debemos escuchar en estas materias? ¿A los Prelados. ¿Y existe un solo Obispo que haya aprobado el reconocimiento? ¿existe un solo Prelado que en una ú otra forma no haya protestado contra él?

Esto sólo bastaba para poder afirmar con toda verdad que el reconocimiento es diametralmente opuesto á los sentimientos permanentes de la nación, porque la nación, en sus sentimientos religiosos, está identificada con sus Prelados, porque no hay más competente, más autorizado intérprete de los sentimientos religiosos de España que el Episcopado español. Pero, á mayor abundamiento, los sentimientos patrios, respecto del reconocimiento, rebosan de tal manera en el corazón de los pueblos, que éstos no se han contentado con las manifestaciones episcopales, y han acudido por superabundancia, por entusiasmo, por confirmación y protesta de su fe, han acudido, primero, á los pies del Trón con exposiciones y luego á los pies de Su Santidad, con muestras desus-

— 66 —

su origen toda esa agitación que conmueve al mundo y contra ella no hay remedio sino alí donde radican con sávia eterna todas las verdades y todas las palabras de salud.

Si así no fuera tampoco serían tan raras las embestidas contra la Iglesia católica. No hay que espantarse: la moran y enaltecen con sus odios apasionados; la conceden importancia, virtud, poder indisputable; quisieran y no pueden desprenderla. ¿Se busca una prueba de más valor en favor de que la ciudad Santa? Jerusalén terrenal no puede ser conmovida y de que se la da á conocer tanto más gloriosa cuanto mayores son los enemigos que caen desalentados á su diestra y á su siniestra? ¿Que el Señor aumente nuestra fe? ¿que se robustezca la esperanza de los católicos? que de todos los ángulos de la inmortal Sion resuenen pliegarias y cánticos de alabanza en reconocimiento de hallarnos al abrigo de aquellos muros que minados y combatidos resisten sin conmoverse contra enemigos débiles en razones; aunque fuertes en malicia y poderosos en artificio.

— 67 —

— 67 —

— 68 —

— 69 —

— 70 —

— 71 —

— 72 —

— 73 —

— 74 —

— 75 —

aprendida, por una terrible lección de la justicia. No de otra manera se escribe ni debe entenderse la historia de la Providencia, de la justicia y de la misericordia. Lo demás es una lastimosa locura, verdadero síntoma de la impiedad.

das, tiernas, vividas de los afectos de que están poseídos.

Nunca se ha visto una manifestación tan grande y tan espontánea, nunca se han pronunciado los sentimientos nacionales con tanto vigor y al propio tiempo con tanto respeto, como cuando de una u otra manera se ha tratado de dar á entender al Gobierno que España no quiere hacerse cómplice de las iniquidades perpetradas contra la Santa Sede.

Todo el liberalismo junto no es capaz de hacer lo que en treinta días ha hecho EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, sin tener en cuenta la muestras de catolicismo que brillan en otros diarios religiosos, y si el reconocimiento no se apresura y precipita las exposiciones y protestas, hubieran inundado las secretarías y archivos ministeriales, y no existiría rincón alguno en esta tierra, de donde al menos no hubiera salido una voz contra ese detestado reconocimiento, que hoy se tiene la osadía de suponer fundado en los sentimientos permanentes de la nación.

El ministerio no sabe lo que se ha dicho; siente en su corazón las punzadas del remordimiento, ve con dolor que han salido fallidos sus cálculos de congraciarse con ciertos partidos revolucionarios, observa que ha trabajado en pura pérdida cerca de los progresistas y demócratas, contempla la inmensa responsabilidad que la historia ha de exigirle algún día y el soberano desden con que le mira esa alta España, á quien por un vano, inútil é intempestivo alarde de liberalismo ha ultrajado, y añade al antiguo un nuevo ultraje, hundiéndose más y más en los esfuerzos que hace para salir del pantano en que se ha metido.

Sólo así puede concebirse la patente falsedad del aserto; sólo á ceguera podemos atribuir el agravio que hace el Gobierno á los verdaderos sentimientos nacionales.

F. NAVARRO VILLOSLADA.

Nuestros lectores saben que tenemos en Madrid una corporación llamada Consejo de Estado, la cual consultada por el Gobierno acerca del castigo que merecen los Prelados españoles por haber cumplido el deber, que les toca como sucesores de los Apóstoles, de protestar contra el reconocimiento del llamado reino italiano, opina que de esos dignísimos Prelados, uno debe ser condenado á destierro, y dos á presidio como calumniadores.

Pues bien; cuando ya se ha hecho público este dictamen, un periódico reconocido como órgano semi-oficial, *La Correspondencia*, inserta en su número de anoche el párrafo siguiente:

«Tan pronto como se remita al ministerio por el Consejo de Estado la consulta evacuada por este alto Cuerpo sobre la cuestión de los Obispos, se procederá á dictar por aquella secretaría las disposiciones consiguientes en conformidad con el informe en la parte que no sea de la competencia del Parlamento.»

Bien. ¿Y luego?

En la misma *Correspondencia* hallamos las siguientes líneas:

«Ni *La Correspondencia* ni la Unión liberal han querido hacer creer, como pretenden los periódicos neo-católicos, que Su Santidad ha aprobado el reconocimiento del reino de Italia al dirigirse particularmente á S. M. la Reina. Esto dijimos ayer y esto repetimos hoy: todo lo demás es hacer creer al público lo que nosotros no hemos dicho ni podemos decir.»

Es decir que la carta de Su Santidad á la Reina, documento anunciado con tanto énfasis y con arte suficiente para que el incauto público le diese proporciones de un negocio de altísima importancia y gravísima trascendencia política, no es más ni menos que una de tantas muestras de su caridad como el venerable Pío IX remite diariamente á las muchas personas que le piden consuelo.

Lo sabíamos antes de que lo declarara *La Correspondencia*.

¿Sabemos nosotros tanta cosa que *La Correspondencia* no sabe!

Por ejemplo, ella no sabe lo que va á pasar después que el Gobierno apruebe el dictamen del Consejo de Estado sobre la cuestión de los Obispos, y nosotros sí.

Resumiendo la sesión regia, dice hoy *La Iberia*:

«La Reina estaba pálida, muy pálida: leyó su discurso con apagada voz, y hubo de interrumpirse algunas veces por la fatiga. Verdaderamente no comprendemos tormento mayor, más horroroso suplicio que el de leer un discurso tan malo.»

El héroe de la fiesta fué el general O'Donnell. Once años hace está aprendiendo el discurso que tenía que pronunciar ayer: eran cinco palabras y dijo un disparate gordo, garrafal.

«Queda abierta la LEGISLATIVA» (1) así dijo, en vez de legislatura. Verdades, que eso de leyes, legislación, legislatura, etc., es griego para D. Leopoldo. Parecíamos que al pronunciar aquellas palabras, volvió la espalda al Trono; pero esto debe ser una mala idea nuestra, porque O'Donnell es incapaz de cometer desacato contra el Trono.»

Juzgando el discurso leído ayer ante las Cortes por la Reina, dice *Las Novedades* lo siguiente acerca del párrafo en que se habla del reconocimiento del robo de Italia:

«Por lo demás, los motivos de diversa índole que han aconsejado el reconocimiento del reino de Italia, motivos fundados en los intereses y sentimientos permanentes de la nación, hacen asomar la risa á nuestros labios. ¿Qué intereses y qué sentimientos son esos que no eran permanentes hace tres años, cuando el general O'Donnell se asustaba ante el reconocimiento? Esta frase es una acusación al primer Gabinete del general O'Donnell y á toda la política de los Gobiernos españoles desde 1859 hasta ahora.»

Acercas de este mismo asunto, escribe *La España*:

«El párrafo relativo al reconocimiento de Italia debiera haber sido, y se esperaba que lo fuese, el más pensado, el más artificioso, el más sofístico; todo menos lo que es. Grande será la sorpresa de nuestros lectores al ver que el ministerio se ha atrevido á consignar en él cierta frase; pero, será mayor su indignación, al ver que se ha puesto esa frase en los labios de S. M.»

«Motivos de diversa índole, fundados en los intereses y sentimientos permanentes de la nación, me han impulsado á reconocer el reino de Italia. Cálculas horrible contra la cual ha protestado anticipadamente la nación, al rechazar toda solidaridad en ese reconocimiento; calumnia que nunca debió el ministerio haberse atrevido á poner en los labios de S. M. Los motivos que tuvo el actual Gobierno para reconocer á Italia, todo el mundo los conoce; todo el mundo recuerda el famoso *proclama en toda la línea* todo el mundo sabe que con ese reconocimiento se vulneraron los intereses y sentimientos permanentes de la nación, y que esos intereses y sentimientos rechazaron aquella enorme falta política, aquel inmenso agravio al sentimiento público.»

El mismo periódico nota las siguientes omisiones en el precitado documento:

«Considerándole en cuanto al fondo, puede fijarse la atención, tanto en lo que calla como en lo que dice, que si es falta, y muy grave, decir lo que no debe decirse, no es menor la del silencio acerca de lo que no debe callarse, y sobre lo cual tiene la nación derecho á exigir del Gobierno las oportunas explicaciones. Desde este punto de vista es muy de extrañar que el Gobierno haya omitido toda indicación acerca de la visita del Emperador de los franceses y del hijo del Rey Víctor Manuel; acerca de los resultados de la ley de imprenta vigente; acerca de la cuestión con los Obispos, y de otras varias cosas, dignas de que se hubiese hecho particular mención en el discurso.»

Se dirá tal vez que la visita del Emperador á S. M. la Reina y de esta augusta señora al Emperador, fue

(1) *Legislativa* se llamó la Cámara que decretó la muerte de Luis XVI.

¿Quién puede entender la jerga del duque de Tetuan?

(Nota de la R. de EL PENSAMIENTO.)

ron asunto privado y puramente de amistad y buena correspondencia particular, y nosotros diremos por toda contestación que no es exacto que así fuese, por más que así fuese, por más que así debió ser: que el ministerio, representado por el presidente del Consejo y por los ministros de Estado y Gracia y Justicia, acompañó á S. M. la Reina; que la principal razón que el duque de Tetuan expuso á S. M. para conjurar la crisis que todos saben surgió en Zarauz y aplazar la salida del Sr. Bertrán de Castro, fué la de que vendría acompañando al Emperador su ministro de Negocios extranjeros; es decir, que la visita fué cuando menos oficialmente intervenida por el ministerio. Diremos también, que para recibir al hijo de Víctor Manuel fué preciso recibir á un representante de Italia, con mucha anterioridad á la fecha en que el Sr. Ulloa fué recibido en Florencia por Víctor Manuel, quien se hallaba cazando y sin el mayor afán por recibir al enviado de España. Aquellas visitas y recepciones revistieron un carácter esencialmente político, y por lo mismo el ministerio ha debido dar de ellas cuenta por la parte que á él le concierne.

Nada diremos de la omisión acerca de la ley de imprenta, que se está viendo ser insostenible y causa de perpetuo escándalo, y de frecuentes conflictos en los tribunales. Nada tampoco acerca del silencio que en el discurso se guarda respecto á la gravísima cuestión del Episcopado; se da bastante importancia á los sucesos de Lérica, de los cuales, habla por primera vez el Gobierno, y de los de Zaragoza, y no se cree necesario decir que se ha tratado de procesar á tres Obispos, porque han representado en cumplimiento de su deber, contra lo que consideraban perjudicial á los legítimos intereses de la Iglesia. Esta omisión se comprende fácilmente, como se comprende que el ministerio haya pasado como sobre ascuas por encima de la cuestión de Italia, que era la más capital que tenía que tratar en el discurso.

La Discusión, comentando el párrafo del discurso consabido, referente al reconocimiento de las fañañas de Garibaldi y compañía, exclama:

«La contradicción es notable. ¿Cuáles son los derechos que asisten al Papa? ¿Serán acaso los que le han inducido á excomulgar á Víctor Manuel y á todos los que han reconocido ó reconocen la unidad italiana? Y si no son estos, ¿cuáles son? Si asisten al Papa derechos contra los unitarios italianos, ¿por qué el Gobierno español, que reconoce esos derechos, reconoció á su vez la unidad del reino italiano? ¿Qué refutada hipocresía! Y también ¡qué inmensa ridiculez!»

El Español dedica al mismo párrafo las siguientes consideraciones:

«Nuestras esperanzas de ayer se han defraudado: había llegado á nuestra noticia que ese párrafo estaba escrito á completa satisfacción de los fieles hijos de la Santa Sede; nos dispusimos á aplaudirlo de todo corazón, cuando nos sale al encuentro el discurso con las siguientes hechas frases:

«Motivos de diversa índole, fundados en los intereses y sentimientos permanentes de la nación, me han impulsado á reconocer el reino de Italia.»

«¿Qué quiere decir motivos de diversa índole? Anteriormente no se ha hablado de índole alguna, con lo que se prueba que diversa está tomado en sentido de varia, es decir, motivos de diferente índole, varias clases de motivos. Fundados en los intereses y sentimientos permanentes de la nación! Esto es horrible; esto se halla impreso y apenas podemos darle crédito; esto no se concibe sino en la lógica unionista y en la irritante audacia del vicarismo. ¿De dónde saca el ministerio O'Donnell el testimonio de que el reino de Italia se haya reconocido á impulsos de los intereses y sentimientos permanentes del pueblo español? ¿Cómo el pueblo español ha manifestado ese deseo, ni qué interés transitorio ó permanente pudo inducirle á semejante determinación? El católico pueblo español, por el órgano de sus dignísimos Prelados, ha manifestado de una manera bien elocuente cuáles son sus intereses y sus sentimientos en ese punto trascendental; si se ha pretendido humillar más y más á los Obispos que unánimes reclamaron; si se ha querido desdenar los millares y millares de firmas que respetuosamente han protestado contra el reconocimiento del reino de Italia, el vicarismo ha podido hacerlo de mil otras maneras; pero no ha debido aprovechar la ocasión de un discurso que había de ser leído por la Reina Católica, para hacer semejante ofensa.»

No, bastaba, sin duda, al ministerio recordar el hecho consumado del reconocimiento; le ha sido preciso descargar sobre la noble nación española el peso de una responsabilidad que es exclusiva de los consejeros de la Corona. Esas palabras del programa ministerial envuelven un agravio á este pueblo hidalgo, generoso y amante de las tradiciones. Sus intereses y sus sentimientos permanentes no lo inducían á someterse á la política francesa para sancionar la obra de la revolución, para ponerse de parte de los que afirman que ha sonado la última hora de los Borbones; para aceptar, en una palabra, el llamado derecho nuevo, que consiste en la preponderancia de la fuerza sobre la justicia, de la rebelión sobre la autoridad; los intereses y sentimientos permanentes del pueblo español, por el contrario, lo apartaban de ese camino de aventuras sin éxito y de escándalos absolutamente estériles: contra los intereses y sentimientos permanentes del pueblo español se ha llevado á cabo ese acto diplomático, primer tributo ofrecido por el ministerio O'Donnell á la revolución, su amiga y aliada de la vispera.

La frase del discurso de la Corona, que no podemos creer irónica, es una frase infeliz destinada á ahondar más y más el abismo que media entre el ministerio y la opinión pública; así como las palabras que siguen están destinadas á no satisfacer á los católicos y á disgustar á los revolucionarios: hélas aquí: «Este reconocimiento no ha podido entibiar mis sentimientos de profundo respeto y filial adhesión al Padre común de los fieles, ni menoscabar mi firme propósito de mirar por los derechos que asisten á la Santa Sede.»

En ese desdichado juego de palabras sólo se descubre el deseo de atenuar la gravedad de las líneas anteriores. El Padre Santo ha declarado y la Europa católica reconoce, que el reino de Italia es el atropello y la cancelación de los derechos de la Santa Sede. ¿Es acaso mirar por esos derechos el asociarse á la obra de los conculcadores? La lógica no tiene entrañas: mirar por los derechos que asisten á la Santa Sede y abandonar á la Santa Sede estrechando relaciones con el Soberano que invadió sus Estados, es un contrasentido que ni aun á los hombres de la Unión liberal puede permitirse. Los revolucionarios convertirán quizá en sustancia esas palabras y tacharán al ministerio de transigente con la reacción; los hombres verdaderamente sensatos y formales ven en esas palabras un ligerísimo é ineficaz tributo á los sentimientos permanentes del pueblo español tan en mal hora invocados en la primera parte del párrafo que analizamos.

La impresión que ese párrafo ha causado no puede ser más dolorosa: los debates á que dará lugar en ambos Cuerpos Colegiados, indemnizarán en parte de la pena que hoy produce, pues han de ser motivo de que las sanas doctrinas sean defendidas por los hombres de la oposición, con la calma y lucidez que realmente merecen.

El Pabellón Nacional, por su parte, se expresa en las siguientes enérgicas y bien meditadas frases, contra lo aserado en el discurso de la Corona, en mengua de los sentimientos verdaderos de este católico pueblo:

«Así, por ejemplo, vemos que el Gobierno, después de anunciarlos por motivos de diversa índole fundados en los intereses y sentimientos permanentes de la nación, había reconocido á Italia, reconocimiento tan justamente censurado en el fondo y en la forma, añade que semejante acto no ha podido entibiar los sentimientos de profundo respeto y filial adhesión al Padre común de los fieles; lo cual significa que el Gobierno, precisado como estaba á decir algo sobre este asunto, consignó las huecas palabras que nuestros lectores verán más adelante, pretendiendo acaso encubrir con su pompa la grave deformidad del asunto á que nos venimos refiriendo.

Desearíamos teníamos de que el ministerio nos haga conocer esos intereses y sentimientos permanentes de la nación, que lo han forzado á reconocer el reino italiano, pues todavía y á pesar de lo mucho que de frases parecidas se ha usado y aun abusado, no hemos visto que nadie demostrara que nuestros verdaderos intereses religiosos y políticos consistían en abandonar en sus conflictos al jefe de la Iglesia católica, que lo es de la única religión profesada por los españoles, y en volver la espalda sin meditación, cálculo ni ventaja alguna á nuestra política tradicional en Italia, con la que estaban ligados nuestros verdaderos intereses en aquella Península, perdiendo con tan ineficaz y torpe conducta, la digna y activa situación que conservábamos en Euro-

pa, ante una cuestión no terminada por cierto, y que en época más ó menos lejana, como el tiempo demostrará, ha de producir graves complicaciones, da que entónces pudiéramos haber sacado, gracias á nuestra desembarazada actitud, un provechoso éxito.

Verdad es que nuestro modo de juzgar el reconocimiento es contrario á los sentimientos permanentes de la nación, cosa que ignorábamos de todo punto, y que esperamos ser demostrada; pues lo averiguado únicamente es que mientras centenares de miles de españoles elevaban su voz al Trono reclamando contra semejante medida, sólo unos pocos que sin duda avergonzados de su escaso número hubieron de renunciar á su propósito, se determinaron declararse favorables al reconocimiento.

Y será tanto más digna de estudio la demostración que el Gobierno en su día haga, cuanto que la idea no es muy ajea que digamos entre la gente de Villavieja, y debe sin duda haberla producido algún extraño y nevísimo descubrimiento, de que hasta ahora carecíamos de noticia. Ello es lo cierto que la unión había considerado siempre el reconocimiento como un acto contrario á los intereses y sentimientos del país, y por considerarlo así se negó constantemente mientras fué gobierno á dar paso alguno que pudiera comprometerle á reconocerlo.

No sabemos, y nos holgara conocer este detalle, si el duque de la Torre se halla también en el secreto de ese llamante descubrimiento; pues sólo recordamos como su último acto político es el asunto del discurso que pronunció en el mismo Senado que ahora preside en 3 de Febrero de 1862, y en el que hacía esta ó una parecida pregunta: ¿Cree S. S. que el Gobierno ha de obrar contra los SENTIMIENTOS Y DESEOS de la nación? Mucho sentimos ayer no estar cerca del duque de la Torre en el momento en que S. M. daba lectura del discurso, para ver de qué manera recibía el mentado á sus apreciaciones y juicios de hace poco por el Gabinete que preside su amigo el duque de Tetuan.

Por lo que hace á los sentimientos de profundo respeto y filial adhesión, nos parecen poco probados por los reconocedores de Italia, que al hacerlo abandonan todos los intereses del Padre común de los fieles, á quien sin embargo protestan seguir guardando filial adhesión; abandonan todo que llega hasta el punto de retroceder á la primera insinuación del Gabinete de Florencia, sin cuidarse siquiera de estipular nada en favor de los derechos y garantías de la Santa Sede, y de la legítima independencia á que España debía ser la primera á procurar á los sucesores de San Pedro.»

No es menos severo *El Leon Español*, al juzgar el golpe de audacia, proyectado por quien sea, en el párrafo consabido:

«Después de hablar, dice, de la guerra de Chile, y como si fuera un asunto secundario comparado con este, viene en el discurso de la Corona el relativo al reconocimiento del reino de Italia; y viene tan mal preparado, cual si hubiera sido otra su redacción primitiva; cual si hubiera sido forzoso al ministerio abordar esta cuestión, que tan justamente ha alarmado las conciencias de todos los católicos, de la inmensa mayoría de los españoles.

Hay en ese párrafo una nueva inexactitud, por no decir una nueva falsedad, puesto que en él se asegura que los intereses y los sentimientos permanentes de la nación han hecho llevar á cabo el reconocimiento del reino de Italia.

¿Puede ser interés de España que se atente á su unidad religiosa? ¿Pueden ser sus sentimientos permanentes que se amarguen los últimos días del bondadoso Pío IX, del Padre común de los fieles? Les que tal párrafo han escrito, bastardeando sustancia y radicalmente las bases convenientes respecto del modo de plantear y de discutir la funestísima solución dada á la cuestión de Italia, calumnian á España, cuyos sentimientos inalterables y permanentes son su intransigencia con todo lo que puede amargar el eterno principio de la unidad religiosa, el profundo é inquebrantable respeto á los intereses del Pontificado, la nueva desmentida veneración á los Principes de la Iglesia, hoy perseguidos, vejados y oprimidos por los hombres del poder y por sus seides, cuyos intereses pasajeros y móviles, cuyos sentimientos anticatólicos les llevan á provocar elisma y á centurbar las conciencias.

La voz del remordimiento hace en seguida balbucear unas frases á los autores del discurso; formular una protesta que equivale á un audaz reproche arrojado sobre el Soberano Pontífice; á quien se dice que el reconocimiento de Italia no ha podido entibiar

deslumbró el aparato de vulgar y vanísima ciencia que disipa á los hombres, ni que el propio juicio nos seduzca. Sólo queremos ir con vos á donde vos camináis y ser una sola cosa con ese Pontificado, en torno del cual llevamos, por medio de una adhesión inquebrantable y de un amor reverencial, la grey que nos encomendásteis. Bendecid, Beatísimo Padre, desde la cátedra suprema de la Cristiandad á vuestro rebaño de Jaén, y al pastor que enviásteis para que lo apacentara. Levantad esas manos abiertas siempre á santas liberalidades, y haced, con ruego de Pastor entrañable, que el Padre Celestial, su Hijo eterno de quien sois Vicario en la tierra, y el Santo Espíritu descendan sobre nosotros, y con nosotros permanezcan. *Fiat, fiat.*

De nuestro palacio episcopal de Jaén, día de los Desposorios de la Virgen Santísima, domingo 26 de Noviembre de 1865. —ANTOLIN, Obispo de Jaén.

—Por mandato de S. E. I. el Obispo mi Señor, Aureo Carrasco, secretario.

supremo de las controversias! Decid y confirmad que en todo seréis acatado y por todo bendecido, así de los corderos por vos apacentados con dulce ternura como de las ovejas á quienes inspiráis respeto, confianza y amor; é infundís fortaleza indecible.

¡Ah! Es vuestra voz el eco de los siglos cristianos: desde vosotros miramos hasta la cima del monte santo, cuya piedra angular sois, y cuyo edificio corruis con la gloria de la sucesión en el primado de honor y de jurisdicción. Lo ejercéis, vos, por derecho divino, en la Iglesia universal, y sobre todos los que, de cualesquiera gerarquías, son sus miembros, pues que sois vos única cabeza. Sois Pastor supremo del místico rebaño.

Señor despojado, nadie puede arrebatáros el dominio de los corazones ni la augusta majestad de la misma pobreza. Nunca, nunca seréis desposeído del reino que vive en las entrañas del orbe católico.

Veraz, paciente y magnánimo venceréis siempre con la insignie victoria de la paz, de los sufrimientos y del perdón, las maquinaciones suaves ó estrepitosas con que amargan vuestros enemigos el día larguísimo de una prueba terrible. ¡Ah! ¡Dios está con vos! nosotros seguiremos vuestra sombra esperando de ella la salud del mundo consternado! Dios salvará á su Vicario; y por su Vicario se salvará toda la tierra.

No permitirá el Omnipotente seamos engañados por las malas artes de la perversidad, ni que nos

XVII. —

En lo más escondido de los pesares humanos vive con terrible vida el rastro que dejara siempre los extraviados; y no obstante se confiesa con imperturbable desenfado que es preciso extraviar, esto es: que necesita el hombre y todo género humano caminos nuevos que obstruyan los caminos de Dios. San Bernardo dijo que el pecado tiene de suyo consumir y gastar sin poder consumir y gastar el remordimiento y las angustias que deja en el fondo del corazón. La doctrina de San Bernardo es la doctrina de la escuela cristiana; y porque es así anda por el mundo encarnada en odio infernal la idea de relegar de la sociedad el sentimiento católico, sentimiento de orden, de razón y de justicia. ¡Ah! Los modernos demolidores aspiran á no dejar rastro del edificio social. Para lo visible tienen el hacha y el martillo; contra los tronos y gerarquías desatan la tormenta revolucionaria y en guerra declarada contra la verdad llaman sobre los entendimientos al demonio del racionalismo. El plan es completo: para cada obra allegan el instrumento más adecuado con subordinación indudable á un primer agente que repite sin cesar la palabra protesta. Aquí tiene

Léase atentamente la *Carta á los Presbíteros españoles* y se verá que su autor divide la sociedad humana, y aun el mundo, en *masas populares*, mar que pronto se agita y volcan que presto se inflama, y que en la manifestación de *revolución* las compare al vendabal, á la tempestad, al torbellino, al torrente y á la bola de nieve, que crece á medida que avanza: en *hombres neo-católicos*, á quienes describe como los gnósticos describen á los *Psíquicos*, añadiendo á la descripción casi tantos y tan degradantes epítetos como dirigiera Voltaire á su victorioso confutador el abate Nonotte, y en *hombres católicos*, á lo Aguiayo, en *hombres católicos* *Pneumáticos*, de quienes se erige en maestro, presentándose con todos los caracteres que atribuyen los gnósticos á sus *Pneumáticos* *hombres*. Fíjese también la atención en la referida carta, y no distrajéndose el lector con su tortuoso giro, que supera en rodeos al Termodonte, se observará que, conforme el Sr. Aguiayo con la trina manifestación del hombre explicada por los gnósticos, ora consigna esta: *ereligion, ciencia y arte*, ora esta otra: *ciencia, intelecto y moral* y ora esta trina manifestación opuesta: *ignorancia, tiranía y barbarie*.

Al ver esta última manifestación, algunos pensarán que el Sr. Aguiayo, desde el panteísmo puro ó unitario de Apelles, Valentiño, Carpócrates y Epifanio, se pasó al dualista de Saturnino, Basilides, Bardesanes, Gerdon, Marcion y Manes; porque dirán: ¿cómo es posible que de un solo principio y de una misma sustancia salgan por emanación seres de contrarias cualidades? ¿Cómo de un solo Dios pueden emanar la luz y las tinieblas, la verdad y la mentira, el vicio y la virtud? A esto contestan los panteístas, ó los que dicen que todas las cosas existentes son porciones de Dios, *pan-theos*, todo Dios; y principalmente los gnósticos, que las emanaciones salen de Dios en *siniglas*, ó en dualidades de unidades contrarias, ó de unidades una buena y otra mala: lo cual, no habiéndolo podido admitir como conforme á la razón ni las antiguas escuelas panteístas de la India, Caldea, Persia y Egipto; ni las escuelas itálica y metafísica de Grecia; ni el neoplatismo alejandrino; ni las once fracciones panteístas en que se dividieron los gnósticos; ni Escoto Erigena, ni Amadeo de Chartres en la Edad media; ni Espinosa, ni Jordano Bruno en tiempos no muy lejanos: unos admitieron con Zoroastro dos principios, uno bueno y otro malo, á quienes llamaron los persas *Ormazd* y *Arimani*; los egipcios *Isis* y *Osiris*; los griegos *Pandora* y *Tifón*, y los hebreos con Manes *Dios bueno* y *Dios malo*; y otros, clamandoles la razón como á Tertuliano, *Deus, unus aut nullus*, vencidos por sus pasiones, aunque vieron el nombre de Dios escrito en el firmamento con caracteres de luz y en la naturaleza en todas sus armonías, se sumieron en el ateísmo. Si el señor Aguiayo tuvo la desgracia de caer en el panteísmo; pues muchas cosas se dicen por ignorancia y deseos de figurar; y la de adoptar los principios de Manes, cual indican la exclamación que antes tuvimos por figura retórica; y el decir en su carta *el Dios bueno*, que entre panteístas denota el que está en oposición al *Dios malo*, que creen coexistir *ab eterno*. Si tal desgracia hubiera tenido, en vez de fatigarse con Kant, Schelling, Hegel, Fichte y otros filósofos alemanes y franceses, copistas y comentaristas de los infinitos sistemas panteístas antiguos, lea las obras de San Ireneo y San Clemente Alejandrino, la de Tertuliano contra Marcion y la conferencia de Arquelao, Obispo de Cascer, con Cubrico ó Manes, y de seguro saldrá del tenebroso caos, en que la ignorancia ó el orgullo, ó bien haber puesto su firma en un escrito ajeno, como algunos opinan, le han internado.

Los poco instruidos que vean en la *Carta á los Presbíteros españoles*, que el Sr. Aguiayo habla de Dios, de las revelaciones del Sinaí y del Gólgota, de la encarnación del Verbo, de la Virgen, de los Apóstoles, del cristianismo, del Evangelio y su espíritu, y que los elogia; y que también dice que el hombre no es juguete de la suerte, del hado ó la casualidad, creerán que es hijo fiel de la Iglesia católica, apostólica, romana y que tiene la fe de Abraham; pero *latet anguis in herba*: en esto está su sofistería; derrama los principios, pasa á otro asunto y después resume las consecuencias. El cristianismo para el Sr. Aguiayo, igualmente que la teocracia judaica, que el gran cisma de Occidente co-su libre examen en el siglo XVII, que el anticristianismo en el siglo XVII y la revolución en el actual, no son más que manifestaciones panteístas, ó el desenvolvimiento de un principio supremo y dominante del orden superior, y por ello á todos y á cada uno de dichos acontecimientos tributa alabanzas, y al pueblo alemán, porque se hizo desenterrador de los infinitos sistemas panteístas, lo encomia como cabeza ó el más sabio del universo.

El Sr. Aguiayo demuestra en su carta ser panteísta, ya sea dualista, ya unitario; y aunque asegure no lo es, que no lo asegura, nos da derecho para no creerle. ¿Qué crédito merece el hombre que prohíbe las protestas á los Presbíteros, y él presenta su misma carta como una protesta contra los reverendos señores Arzobispos y Obispos españoles y contra el mismo Romano Pontífice? ¿Qué asento deberemos dar á un Presbítero que dice en la carta de que nos ocupamos que acata profundamente la Enciclica expedida en 8 de Diciembre último por nuestro Santísimo Padre Pio IX, y en el mismo escrito, á las pocas hojas, con altanería satánica cita una de las proposiciones condenadas en dicho documento, asevera con arrogancia saber que está siete veces condenada, y no obstante la admite y defiende, negándole autoridad al Gerarca Supremo de la Iglesia para condenarla? Satanás se disfrazó en serpiente para rebelar á Adán y Eva contra Dios, y el Sr. Aguiayo se disfraza en católico, en varón apostólico y en asceta perfecto en su *Carta á los Presbíteros españoles*, para conciliarlos contra sus Prelados y el Romano Pontífice, provocando un cisma. Pasemos á demostrarlo.

Así como todos los aspirantes á jefes de secta se dirigieron con caricias á la multitud: lamentando su poca felicidad por incuria, ineptitud ó malicia de sus autoridades: augurando desastres, que ellos solos pueden conjurar con sus virtudes y ciencia, y cubriendo siempre hipócritamente sus aviesas miras con la égida de la Religión y con el manto del bien público; el Sr. Aguiayo se dirige en su carta á la numerosa y digna clase, á que nos gloriamos pertenecer los que abajo firmamos; y á los Presbíteros españoles nos halaga llamándonos humildes Presbíteros; ministros evangélicos, para quienes es el trabajo, responsabilidad y desamparo: porción escogida y clase desvalida y benemérita: *Sacerdotes sencillos, pobres y virtuo-*

sos, que van con la cruz acuestas siguiendo al hijo de María, de quienes se quiere hacer víctimas de ajena culpa, y á quienes se desprestigia y calumnia con el pueblo; con ese pueblo de que han salido y de cuyo gran instinto se promete que retirará la odiosidad si sigue su voz contra el *neo-católicismo*.

A este, que titula el Sr. Aguiayo hijo del panteísmo, quizás para que no se le crea á él filiado en sus huestes, imputa la terrible crisis que atraviesan el sacerdocio y la Iglesia: la más grave quizás que registran sus anales; y le zahiere ser un partido egoísta, avaro y ambicioso: que aunque por lo general se compone de seglares, en su reticencia y en las alusiones que hace á las protestas de los Prelados españoles, los incluye en el *neo-católicismo*, como también á otros Eclesiásticos. Lo describe como partido que defiende lo antiguo por interés y cálculo: que tapa la ciencia con fúnebre crespon: que condena todo progreso desde el trabajo hasta la electricidad y la imprenta, y desde el yo (estilo de Kant) hasta la libertad y fraternidad. Les da á los neo-católicos los epítetos de parásitos de la Iglesia, que viven y medran á costa de ella, haciéndola responsable de sus aviesas artes: de fariseos del Nuevo Testamento: de mercaderes que, en el estrío del templo, negocian con las cosas santas, y que no vacilan en hacer del altar una barricada: para sostener su ambición ó defender sus privilegios, que miran más por la ambición y boato que por el verdadero culto, y pasan por devotos y espléndidos á costa de la piedad del pueblo.

Pudiermos tomar por alusiones y diatribas contra los Prelados españoles la condenación del trabajo; porque los Prelados españoles mandan santificar las fiestas, y la condenación de la imprenta, porque han clamado y claman contra su desbordamiento contra la fe y buenas costumbres; pero viendo en la descripción que el Sr. Aguiayo hace de los neo-católicos, los mismos cargos y casi las mismas palabras con que el arriano Presbítero Aerio, autor de los herejes presbiterianos, intentó desacreditar con los Presbíteros y con su pueblo al Obispo Eustathio; y atendiendo á que el autor de la *Carta á los Presbíteros* se queja después del giro que se da á los asuntos eclesiásticos; que lamenta no venga una voz de arriba (es decir, de los Prelados) en defensa de lo que él quiere; que repudia las protestas que han metido tanto ruido, (las de los mismos), y aconseja no tomar parte en ellas, venga la invitación de donde viniere, á la vez que él presenta su Carta como una protesta contra las ya citadas: es necesario ser ciego para no ver que el Presbítero D. Antonio Aguiayo intenta plantear el presbiterianismo en España, hacerse su jefe y procurar la exacción entre los Presbíteros españoles, sus respectivos Prelados y el Romano Pontífice.

Y se patentiza más esta tendencia á la exacción y cisma en la referida carta, cuando, atribuyendo el mal, que dice quiere corregir, á cuestiones de atribución eclesiástica, de disciplina y temporalidad, que pertenecen al Romano Pontífice y á la inspección de los señores Prelados, al Sr. Aguiayo por sí y ante sí se toma la iniciativa para conjurar la tormenta, y calumniando al Episcopado y á todo el Clero español, con que ni de arriba ni de abajo se levanta una voz en favor del Catolicismo, del que él se erige jefe y adalid, da al público su malhadada carta.

Para ganar proselitismo, el nuevo Aerio aparenta mucho miedo á la revolución, á pesar de que, prescindiendo de sus causas, como de todas las demás que no le conviene indagar, y diciendo que en su aspecto político solamente tiende á modificar los diversos resortes del mecanismo social, para el derecho, por el derecho y con el derecho, la compra al vendabal, al torbellino, á la tempestad, al torrente que amenaza arrancar de fundamento los viejos edificios de nuestra sociedad, y á la inmensa bola de nieve que aumentan velocidad y tamaño á medida que adelanta, aplastará con el peso de su indignación los obstáculos, tanto tradicionales, como de momento, que salgan á su camino para oponerse insensatamente á su marcha inevitable. ¡Mucho fanatismo y poca confianza en su *Dios bueno* tiene el Sr. Aguiayo! ¡Mal se avienen la bola aplastadora, el vendabal desatado, el torrente impetuoso y la tempestad deshecha, con la modificación de los diversos resortes del mecanismo social con el derecho, por el derecho y para el derecho!

Para librar al Sr. Aguiayo á los Presbíteros españoles de tantos males levanta muy alto su voz que, con nueva contradicción á las inámitas que estamos, compra dos veces al leve toque de campana, que á media noche anuncia la existencia y proximidad del incendio, y con su voz muy alta y semejante al leve toque de campana, encomiando sus tres títulos de católico, de Sacerdote y de conador de la teología, ostenta su política evangélica para que la sigan los Presbíteros españoles en las actuales circunstancias.

Con estos títulos encomiásticos se engaña el señor Aguiayo poder sorprender á los Presbíteros españoles. Los arrianos godos en tiempos de Leovigildo, los titulaban *católicos*, y á los españoles, católicos verdaderos, los titulaban *romanos*, para indicar que no seguían su secta: y los jansenistas, que tienen sobre sí casi tantas censuras como la Iglesia fulminó contra las demás sectas desde Dosíto, el primer herejía, hasta el día, jamás abandonan el nombre de católicos: *Sacerdotes le reconocen*: pero rebeldes á sus legítimos superiores: y de su teología forman un concepto bien pobre.

La política evangélica *Pneumática* ó *espiritualista* que el Sr. Aguiayo inculca á los Presbíteros españoles se reduce á que den á Dios lo que es de Dios y á los poderes humanos lo que les corresponde: lo cual, á más de ser un solemne insulto, por lo que ántes y después manifiesta, se reduce á dar hasta la misma fe al poder temporal: y que si un Constantino redacta otras treinta y tres formas de fe; si un Heracleo da una Hectesis; un Zenon un Henótico; un Constantino un Typo; un Círculo I un Interim, ó un Enrique VIII se hace jefe de la Iglesia, los Presbíteros deben acatar sus órdenes por no atraerse las iras del poder: pues los Presbíteros solamente deben buscar el reino de Dios, huyendo de la política palpitante (cuando todo lo religioso lo ha absorbido la política), despreciando los bienes terrenos y tendiendo sus manos á los oprimidos y débiles.

Para ostentar el Sr. Aguiayo su política *Pneumática* ó *espiritualista*, después de explicar panteísticamente grandes sucesos religiosos é históricos, haciendo alardes de erudición y buen gusto con frasecitas de efecto, que lo hacen muy sinistral en el sentido verdaderamente católico, como esta: *el pueblo judío no tuvo más leyes que sus tradiciones, fundadas en la teología: palabras con que rechaza con Cerdón y los herejes Ascoltas la divinidad de Pentateuco y demás*

libros del Antiguo Testamento; y esta otra: *el Dios bueno no exigía más templo que el hombre*, ni más santuario que el corazón, frases en que, ó ignora que Dios mandó á Salomón erigir un templo, ó rechaza el libro sagrado de los Reyes que lo refiere, ó con los herejes Pedro y Enrique de Bruys niega el uso de los templos y culto externo, y aun con los Donatistas la visibilidad de la Iglesia.

Después de entretenerse el Sr. Aguiayo, como el frívolo Vigilante, en neologismos y otras puerilidades, y cual Cresconio contra San Agustín en gramaticales cuestiones: después de remedar á Sarpi en traer por los cabellos á un Romano Pontífice para zaherir al Pontificado; después de mostrarse tan raiquillo en historia como en teología; pues respetando el parecer de Alzog con aplicación á Francia y otros países, si el Sr. Aguiayo supiese historia patria, no debería ignorar que los reyes godos obligaron á los Prelados españoles á cambiar la mitra en Almete y el báculo en espada, en defensa del territorio de sus respectivas diócesis contra los enemigos de los referidos reyes, muchos años ántes de venir al mundo Carlo Magno; después de hablar contra las riquezas del Clero, como Wiclef, Arnaldo de Brescia, Valdo, los Albijenses, Hermanos de Moravia y otros herejes, cuando disfruta una exigua dotación, como él mismo confiesa, y cuando los bienes de la Iglesia están reducidos en España á los que le dejó el gentil emperador Galieno á la Iglesia universal, á saber: los templos y cementerios, las casas rectorales y huertos contiguos; después de casi decir con los herejes apostólicos y Apoléticos, que el Presbítero que tenga algunos bienes se condena, y de presentarse á sí mismo como presentaban los gnósticos á sus hombres *pneumáticos*, el Sr. Aguiayo se llama á método y concreta su política en las cuestiones de enseñanza, de desamortización eclesiástica y reconocimiento de Italia.

En la primera, dando tormento á Santos Padres y autores eclesiásticos, condena el sistema restrictivo y se decide por aquel libre examen que Orígenes y Teodoro de Mopsuestia legaron á Lutero y á los Socios Fausto y Lelio, es decir, que somete la fe á la razón: y aunque parece que solamente admite el libre examen en los asuntos filosóficos, aglomerando textos en defensa de la filosofía que la Iglesia no condena y pasando por alto aquella falsa filosofía de que mandaba San Pablo precavarse á los fieles: como que la filosofía ya no es como cuando Pitágoras tomó el nombre de filósofo, un conocimiento verdadero, cierto y evidente de las cosas naturales por sus causas, sino unas veces utopías heréticas, y otras veces sistemas teológicos, el libre examen que admite el señor Aguiayo parece viene á ser el espíritu privado de Lutero y los Socios en todo género de cuestiones: pues aunque dice: *aquella á la Iglesia la potestad de condenar los errores y la seguridad de combatirlos y refutarlos victoriosamente en todos los terrenos*, continuando: *dejémoslos, pues, á la mente especiar por los estensos campos de la ciencia y no le pongamos nosotros obstáculos que de nada sirven*, sino de daño nuestro y desconianza de nuestra sublime doctrina, indica adoptar el referido espíritu privado en toda clase de asuntos, lo cual está condenado por el Santo Concilio de Trento.

En desamortización eclesiástica parece se refiere á la verificada en España, hablando de Concordatos y que por ello está fuera de nuestra competencia: pero en verdad se refiere á la desamortización del patrimonio de San Pedro, cuando dice: aunque sobre esto se me ocurra mucho, recordando respetables concilios y alguna historia eclesiástica, dejó á mis hermanos el placer (amargo placer) de activarlo, y me contento con decir que no debe aunar obligarnos á protestas ilegítimas y vanas, y mucho menos á tomar una actitud hostil y política, recordando miras extrañas á nuestro ministerio. ¡Cuánta hipocresía, cuánta ignorancia y orgullo manifiesta el Sr. Aguiayo en el período que acabamos de consignar!

El autor de la carta no permite que sus lectores se fatiguen en indagar su adinanzina; pasa al momento á tratar del reconocimiento de Italia y ya no se contenta con ser un Aerio, jefe de Presbíteros y antagonista de Obispos, pasa á ser un Arnaldo de Brescia, que disputa á los Papas la legitimidad de sus posesiones, y un nuevo Focio y Cerulario que les niega su autoridad. Arnaldo de Brescia quiso que ni los Círculos, ni los Obispos, ni el Papa Inocencio III, tuviesen bienes ni feudos, y después de formarse un partido con el saqueo de los palacios y bienes del Clero, en tiempos del Papa Eugenio III pasó á enseñar que la autoridad de los Papas se debía encerrar en los objetos de la religión y ser restablecido el Senado; con lo que excitó grandes trastornos. Ni Mazzini, ni el galantuomo Víctor Manuel tienen el mérito de la invención en la depreciación parcial del segundo y en la completa que medita el primero del patrimonio de San Pedro.

Los herejes Arnaldo de Brescia y Marsilio de Padua fueron los autores de tan inicuo plan. Y extrañamos mucho de los conocimientos teológicos de D. Antonio Aguiayo, que así como se hace eco de los mencionados herejes al decir que el Papa debe huir de todo fausto, de todo ruido, de todo poder temporal; y le aconseja que lo abandone de su voluntad, ántes que lo tenga que verificar á la fuerza: no aconseja á los romanos, como lo hizo San Bernardo, confutando á Arnaldo de Brescia, que sigan sumisos á su Papa-Rey; sin entrarse á dar torqueto á la Biblia y Santos Padres para inculcar á los Presbíteros españoles la adquisición á usurpaciones que condenan de consenso los más justos títulos y sentido común, con la necesidad de la posesión del patrimonio de San Pedro para la independencia del Papado.

¡Desgraciado Sr. Aguiayo! Lutero se presentó ante el Papa Leon X, diciendo: yo me postro á vuestros pies, en disposición de escuchar á Jesucristo que habla por vuestra boca: y solamente después de mucho tiempo se declaró rebelde y apostata: pero el señor Aguiayo, en la misma carta en que dice que acata profundamente la Enciclica *Quanta Cura*: á las seis hojas de estampar estas palabras, dice con satánica arrogancia: sé que la proposición siguiente: *la supresión de la soberanía civil, de que está en posesión la Santa Sede, no sólo contribuiría, sino que contribuiría mucho á la libertad y á la prosperidad de la Iglesia* está condenada siete veces por el Papa Pio IX; y á pesar de ello la sostiene y la defiende. ¡Más orgullo no tuvieron Arnaldo de Brescia, Focio y Cerulario: estos al formar el cisma de Oriente, y agui al combatir la posesión por los Papas del patrimonio de San Pedro!

¡Y qué razones alega el Sacerdote católico y conador de la teología Sr. Aguiayo, para oponerse al Ro-

mano Pontífice! Una insulsa objeción de Juan Jacobo Rousseau y una miserable parodia de los arides jansenistas. El Sr. Aguiayo repite las palabras del autor del Contrato social: *el Papa no puede inventar ningún artículo de fe*. ¡Qué poco teólogo es el señor Aguiayo, cuando ignora que ni los Papas, ni la Iglesia inventan artículos de fe, ni dogmas, sino que solamente los declaran! A la manera que un árbol, dice San Agustín, no presenta á la vez todas sus flores y frutos, sino que en el transcurso del tiempo y en épocas oportunas sucesivamente los manifiesta, así la Iglesia católica y los sucesores de San Pedro y Vicarios de Jesucristo, con asistencia del Espíritu Santo, sucesiva y oportunamente declaran los dogmas que encierran la Biblia y la tradición.

Y por si acaso el Sr. Aguiayo aludiere en esta objeción á la declaración dogmática que el Padre Santo Pio IX y el Episcopado universal hicieron, poco há, del consolar misterio de la Inmaculada Concepción de la madre de Dios; sepa que no ha sido invención sino declaración. Sepa que este dogma, siempre recibido en nuestra patria, fué revelado por María Santísima al patron de España, Santiago el Mayor, en el Pilar de Zaragoza. A él lo enseñó, con la no interrumpida tradición, el poeta ó historiador español Marco Máximo, Arzobispo de dicha ciudad en tiempo de Sisabuto. Por esta razón, aclama dicho dogma la liturgia de Santiago, y el honor de España, San Isidoro, compuso en el imperio gótico la Misa y Oficio de *Inmaculata Conceptione*, que se conservó y conserva en el rito mozárabe; y que su creencia no estaba limitada á nuestra patria, sino que estaba generalmente difundida en el Oriente, lo consigna el impostor árabe Mahoma en su Korán, diciendo que María, madre de Jesucristo, estuvo exenta en su concepción del pecado original. Todos los siglos del cristianismo han creído y aclamado este dogma, como se ve en los encomios de todos los Santos Padres de la Iglesia y de los escritores demás notos; y el Papa Pio IX y el Episcopado universal no hicieron otra cosa que declarar con sanción de derecho, lo que de hecho era un dogma generalmente recibido.

La otra razón, con que el Sr. Aguiayo se opone á la referida proposición condenada, es esta: que el Romano Pontífice es Papa y Rey: que como Papa es infalible en las interpretaciones relativas al dogma: pero no en política y filosofía; y que al condenar dicha proposición no habla el Papa, sino el Rey, y el Rey que obedece á ciertas influencias á error de entendimiento. ¡Qué es esto, sino parodiarse servilmente la distinción *Juris et facti*, que inventaron los jansenistas para eludir las censuras contra ellos fulminadas! Con decir á cualquiera declaración pontificia, que habla Pio IX Rey, y no Pio IX Papa, cualquiera eludir su infalibilidad y preceptos; así como los católicos jansenistas pretenden eludir con la distinción de *hecho y derecho*, todas las censuras eclesiásticas.

Al desgraciado Sr. D. Antonio Aguiayo no le bastaba ser aspirante á jefe de Presbíteros, como Aerio, ni declarador contra los Obispos y Papas, como Arnaldo de Brescia, sino que como Focio y Cerulario y Lutero niega su autoridad y se presenta en abierta rebelión y cisma en su contradictoria, panteística y tortuosa carta; pues si alguna duda pudiese quedar sobre sus cínicas tendencias, él la disipa con estas palabras, al concluir: *«Es el leve toque de campana (su voz su carta) que á media noche anuncia la existencia y proximidad del incendio. Si mis hermanos no lo oyen; si le dejan perder en el vacío como exclamación inútil ó como voz imprudente, habrá pasado al menos por el pueblo, y el pueblo que es hermano mio también, lo verá como una protesta sola; pero al fin protesta diferente de tantas otras como llaman la atención en nuestros días. Estas palabras quitan su antifaz al desgraciado D. Antonio Aguiayo y le colocan en abierta rebelión con el Episcopado y con el Papa, apelando al pueblo si no halla Presbíteros que escuchan su voz criminal y sigan su errada senda; porque como dice San Agustín: *scindenda unitatis nunquam est justa necessitas*.*

Los que suscribimos esta censura, Sacerdotes católicos, apostólicos, romanos, deseamos á nuestro hermano imite la docilidad de Fenelon y no la obstinación de la Mennais, nos ratificamos en la calificación de su carta que dejamos consignada al comenzar este escrito, y lo firmamos en Cuenca á tres de Noviembre de mil ochocientos sesenta y cinco.—José Guerra y Manero, Presbítero, Canónigo doctoral.—Trifón Muñoz, Presbítero, Canónigo magistral.—Juan María Valero, Presbítero, Canónigo lectoral.—Fernando Sánchez y Rivero, Presbítero, Canónigo.—Fr. Eusebio Contreras, Presbítero, Beneficiado.—Cirilo de la Peña, Presbítero, profesor del Seminario.

Merced de Madrid.

ENTRADO POR LAS PUERTAS EN EL DÍA DE AYER.
2291 arrobas de trigo. — 114 libras de cebada.
683 arrobas de harina de idem.

AGENDA FORENSE PARA 1866.

O libro de memoria diario para todo el año, para uso de los abogados, notarios y procuradores. Precios: en Madrid, á la rústica, 8 reales; encartonado, 10; en tela, 14; en forma de cartera, según la elegancia, desde 20 hasta 72. En provincias, 10, 12, 16 y 22 hasta 78.

Esta obra ha recibido este año grandes é importantes reformas; así es que ha llegado á tal estado de perfección, que puede considerarse como el libro indispensable á todos los hombres de la curia.
Se halla de venta en la librería extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Baillière, plaza del Príncipe Ben Afonso, núm. 8, Madrid. En la misma se vende: *La Agenda de Bolsillo para 1866*.—*La Agenda de Bursate para 1866*.—*La Agenda médica para 1866*.—*La Agenda de la Lavandera para 1866*.—*El más popular y el más útil de todos los Calendarios*, ó sea el de Cuadro para 1866.—Y se admiten suscripciones á todos los periódicos nacionales y extranjeros.

MUSEO DE LAS FAMILIAS.

Periódico mensual pintoresco.

Suscripción para 1866. El Museo será este año lo que viene siendo hace veinte y tres años que cuenta de existencia, en su forma, un periódico elegante impreso con lujo en papel superior y con bellísimos grabados en el texto: en su esencia, un album que abraza todos los ramos del saber humano, y donde se encuentran reunidas las firmas de cuantos han ilustrado con su pluma nuestra patria en la época presente, y en su chéle *El Amigo de las Familias*, en cuyo seno puede penetrar sin riesgo, porque no hay en sus artículos ni una frase, ni una idea, ni una palabra, contraria á los principios más severos de moral y buenas costumbres. Cada número consta de 48 columnas de impresión en 4.º mayor, con una bonita cubierta y todos los meses se reparte uno. Los doce números del año forman un tomo. Aunque la colección completa del Museo consta de tantos volúmenes como años, conviene advertir que cada volumen se vende por separado, y es una obra independiente, sin más ligazón entre sí que el título y analogía de las materias. La suscripción puede hacerse en cualquier época, pero ha de empezarse á contarse desde el número primero de cada año.

PRECIO DE SUSCRICION. En Madrid, 2 rs. al mes y 20 por un año llevándose los números al domicilio. En provincias, 8 rs. al trimestre y 30 por un año remitiéndose por el correo. En América 2 pesos fuertes enviando los números mensualmente por los vapores ingleses. Los tomos publicados pueden adquirirse sueltos ó reunidos, pagándolos al precio de suscripción.

Se suscribe en Madrid en el establecimiento tipográfico del Banco Industrial y Mercantil, de los señores F. de P. Mellado y Compañía, calle de Santa Teresa, número 8; y en todas las librerías. En provincias por conducto de los correspondientes de dicho establecimiento, ó directamente enviando el importe en letra ó sellos de franqueo.

Editor responsable, D. Manuel de Tomas. Imprenta de Tejedo, Silva, núm. 47, bajo.

2452 arrobas de carbon.
93 vacas que componen 86543 libras de peso.
377 carneros que hacen 13503 libras de peso.
203 cerdos desgollados que hacen libras de peso 53551.

REAL OBSERVATORIO DE MADRID.

Observaciones meteorológicas del día 27 de Diciembre de 1865.

HORAS.	Barómetro reducido á 0° en milímetros.	TEMPERATURA EN GRADOS.		Dirección del viento.	Estado del cielo.
		Reaumur.	Centigr.		
6 m.	714.80	-1.0	-4.2	E. N. E.	Despej.
9 m.	715.76	0.6	0.2	E. N. E.	Idem.
12 m.	715.13	4.5	5.6	E. N. E.	Idem.
3 tar.	714.50	5.4	6.8	E. N. E.	Idem.
6 tar.	714.24	2.8	2.5	E. N. E.	Idem.
9 noct.	714.63	1.8	1.9	E. N. E.	Nubes.
Temperatura máxima del día. 0.6 8.3					
Temperatura máxima al sol. 17.4 21.7					
Temperatura mínima del día. -2.6 -4.5					
Evaporación en las 24 horas. 0.7 milímetros.					
Lluvia en id. id. 0.0 Idem.					

DIRECCION GENERAL DE TELEGRAFOS.

Segun los partes recibidos, ayer no ha llovido en ninguna provincia.

Fondos públicos.

	CAMBIO AL CONTADO.	
	Publicado.	No publicado.
Títulos del 3 p. § consolidado.	39-60 y 65	» »
Inscripciones en el Gran Libro al 3 p. § id.	70-75 págos.	» »
Títulos del 3 p. § de las inscripciones en el Gran Libro.	34-30	» »
Material del Tesoro presentando con interés.	» »	» »
Idem no presentando con interés.	» »	» »
Idem sin intereses.	» »	» »
Participes legos convertibles á 3 p. §.	» »	» »
Idem del 4 y 5 por 100.	» »	» »
Deuda amortizable de primera clase.	» »	» »
Idem amortizable de segunda idem.	» »	» »
Deuda del personal.	20-30	» »
Billetes hipotecarios del Banco de España, de 2000 rs. con 6 por 100 de interés anual.	89-75	» »
ACCIONES DE CARRERAS GERALES, 3 p. § ANUAL.		
Emisión de 4.º de Abril de 1860, de 4000 rs.	» »	» »
Idem de 4.º de 2000 rs.	» »	» »
Idem de 1.º de Junio de 1861, de 4000 rs.	» »	» »
Idem de 31 de Agosto de 1862, de 4000 rs.	» »	» »
Idem de 9 de Marzo de 1863, procedente de la de 13 de Agosto de 1862, de 4000 rs.	» »	» »
Idem 1.º de Julio de 1863 de 4000 rs.	» »	» »
Acciones de Obras públicas de 1.º de Julio de 1863.	» »	» »
Del Canal de Isabel II, de 4000 rs. 8.º anual Obligaciones del Estado para subvenciones de ferro-carriles.	72-75	» »
Acciones del Banco de España.	» »	» »

ESPECTÁCULOS.

TEATRO DEL PRINCIPE. Funcion para hoy á las ocho y media.—*Los soldados de Plomo*.—Balle.—*Caprichos del corazón*.

TEATRO DE LA ZARZUELA.—A las ocho.—*El capitán negro*.

ANUNCIOS.

EMPRESITO ROMANO,

Y PAPEL DEL ESTADO.

Se compra de una y otra clase de dicho papel en pequeñas y grandes partidas. Dirijase á D. Manuel Mosquera, calle de la Victoria, número 7, escritorio. (391-16)